

ALGUNOS SIGNOS CRISTIANOS DE INSCRIPCIONES PALEOCRISTIANAS TARRACONENSES

Cogemos al azar cuatro de ellas pertenecientes al siglo IV o V de nuestra era. Son las señaladas por Vives (1) con los números 238, 198, 189 y 297, y prescindimos en ellas del texto para sólo fijarnos en sus signos cristianos, reproducidos en las láminas que acompañan al trabajo presente.

La primera fotografía está tomada de una lápida de mármol blanco con restos de inscripción no fácilmente descifrable; la 2.^a, de la inscripción de Paulino, la 3.^a, de la conocida de Marturia y la 4.^a, de una métrica, uno de cuyos versos termina con las palabras enteras "Vive Deo", seguidas del crismón.

Corresponde la 1.^a fot. a una de los modelos de monogramas más ordinarios, formado por las iniciales del nombre griego de Cristo (XPICTOC) X y P. Este modelo de monograma es de una influencia enorme y trascendental en la Iglesia e historia de la cruz.

Si se le compara con el de la lámina II, 2, se encontrará al momento una diferencia en el tipo de letra. Estas son de las llamadas de palo seco, sin reforzamientos en sus extremidades y la 1.^a es de tipo más caligráfico y más ordinario en todos los monogramas cristianos, en los que las extremidades de las letras quedan reforzadas tal como puede apreciarse en las fotos. 1.^a y 3.^a y que a veces se sustituye por una virgula que los delimita y que produce el mismo efecto visual, como en la 2.^a Las extremidades de los brazos de la X quedan de este modo abultados y en muchos tipos isoscelizados en forma de triángulo isóceles. Pues bien, este es el hecho a que me refiero y que dejó luego características inconfundibles en toda suerte de cruces.

(1) J. VIVES. *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda* (Barcelona 1941).

lo mismo en las exhornales que en las votivas, tanto en las litúrgicas como en las alitúrgicas, tanto en las manuales como en las pintadas, es decir casi en la totalidad de las cruces propias del arte cristiano (2).

Con haber sido tantas veces reproducido el famoso monograma de las letras X P no se ha dado toda la importancia debida a su simbolismo; se le ha considerado sí como monograma y abreviatura del nombre de Cristo, pero no se le consideró suficientemente como cruz. Y eso es lo que es principalmente dicho signo: una cruz simbólica (3).

Por esa causa se le ve alternar en las catacumbas frecuentemente con los demás signos de cruz y hasta sustituirlos. Basta para convencerse de ello tender una atenta mirada sobre las láminas de la obra de De Rossi, "*Roma sotterranea*". No es el signo más frecuente de cruz el áncora o tridente o el ave de extendidas alas, o el pico de los "Fossores", o el mástil de la nave, sino la X del monograma, cruz en aspas que nosotros denominamos de San Andrés. Era además la que más bellamente la ocultaba bajo el disfraz de letra X inicial de

(2) Este hecho es reconocido por MAELER. *Documents d'art armeniën*, como universal. "El ensanchamiento se encuentra en todo el orbe", dice. Basta, en efecto, recordar las figuras de cruces más antiguas que nos han conservado Roma, Constantinopla, Siria, Egipto o Armenia, y no digamos de España, Galias e Inglaterra, para que al momento encontremos en ellas ese desconcertante ensanchamiento de sus brazos. Por citar algunos casos singulares recordaré la famosa cruz de Sta. Pudenciana en Sta. María la Mayor, la que en sus manos lleva el obispo Maximiliano del séquito de Justiniano en el mosaico de S. Apolinar en Ravenna, las más antiguas de las catacumbas de S. Pedro y S. Marcelino en Roma (V. *Historia del Arte Labor*, T. VI, p. 231), la de S. Aquilino de Milán (WILPERT. *Die rom. Mos.* T. III, p. 70), las que suelen estar grabadas en muchas de las monedas postconstantinianas (V. BACHOFFEN. *Römische Münzen*), singularmente en las de Flavio Valente, Honorio, Valentiniano III, Gala Placidia, Teodosio II y Mecilio Avito; las que aparecen en restos de antiguos monasterios o iglesias, como las del monasterio del abad Jeremías en Chaqara (CABROL *Dictionn.*), las descubiertas hace unos años en los mosaicos de Santa Sofía (*L'Illustration Vaticana*, Nov. 1934), las de la capilla funeraria de Horns en Siria, las de las tumbas de Calcedonia (CABROL. *Dictionn.*), las longobardas, las nuestras visigóticas, como en las de Guarrazar, S. Juan de Baños y Quintanilla de las Viñas, las de los códices muzárabes (V. BORDONA. *Manuscritos con pinturas*, T. I, p. 133), las carlovingias, cruz del Rey Desiderio (V. *Enciclopedia Espasa*, c. *Desiderio*, y CONDERC. *Les enluminiers du Moyen Age*, pl. 18), las nórdicas, v. gr., en la lauda funeraria de Moselkern (*Historia del Arte Labor*, T. VI, p. 331), etc., etc. No creo necesario insistir más en este hecho que se perpetua en una gran parte de nuestras cruces, influidas hoy en día por la pasional del crucifijo.

(3) Este simbolismo de cruz en el monograma de Cristo no puede ya desconocerse. Está plenamente confirmado por su misma historia. En De Rossi. *Roma sotterranea*, T. III, pp. 153, 161, 175, 333, 341, 366 y lám. XXX, se encontrarán muchos casos de transición en que la *ji* y la *ro* están ya fundidas, pero conservando la *ji* su posición natural de letra griega. El paso al monograma cruciforme fué con ello natural e inevitable, por fuerza y atracción ejercida por lo simbolizado.

Cristo. Cruz en forma de *ji* o *jítica*, y denominada abiertamente cruz por S. Efrén (4) y San Paulino (5), por S. Agustín y San Crisóstomo, al menos en muchos pasajes de este último (6) tan sólo resultan verdaderos refiriéndose a la cruz del monograma o cruz simbólica.

Esta verdad es la única que nos da explicación racional y cumplida de la forma de monogramas crucíferos tales como se encuentran en las fots. 2.^a y 3.^a. En el de la 2.^a puede aún fácilmente reconocerse la X del monograma de Cristo que en el de la 3.^a ha derivado casi por completo a cruz griega. Después de Constantino el monograma se transforma muchísimas veces en crucífero. En la necrópolis

(4) S. Efrén dice: (*Opusc.* III, 447.—Edic. Assemani). "Porque ponemos en muchos lugares el *alfa* y *omega* al lado de la cruz y sobre ella la letra *ro*?" El *alfa* y *omega* llegó a estar pendiente de la cruz v. gr. en algunas de las nuestras muzárabes, pero la letra *ro* no figura sobre la cruz si no es en el monograma cruciforme y en el monograma ordinario. Luego para S. Efrén el monograma era cruz. Los casos no muy numerosos de cruz latina con la *ro* son plena confirmación del carácter de cruz del monograma cruciforme.

(5) El poeta obispo, S. Paulino de Nola que escribía al final del siglo IV y comienzos del V, dice expresamente: "La misma cruz hecha de otra forma (es decir, en cruz de aspas) nos habla del Señor dándonos su inicial, pues la letra con que designamos el número X (diez), en griego se denomina *ji*" (MIGNE, 61-543); y refutando a Brencio, hereje famoso, que afirmaba no tener carácter de cruz el monograma, le arguye: "La misma cruz, aunque conformada de distinta manera, nos anuncia a Cristo N. S. como en monograma y exhibiendo forma de cruz" (MIGNE, 61-543). El mismo narra en uno de sus poemas el robo de una cruz. Por las descripciones circunstanciadas que de la misma hace se ve que era un crismón o monograma crucífero.

(6) Por lo que hace a S. Juan Crisóstomo, escribía el a. 387 este hermoso pasaje en su opúsculo *Quod Christus sit Deus* (HURTER, T. II, p. 107): "La cruz, que era antes objeto de horror, es ahora tan buscada de todos que la encontramos en todos los sitios: en los príncipes y en los súbditos en las mujeres y en los varones, en las vírgenes y en las casadas, en los siervos y en los libres, porque la cruz es frecuentemente impresa en la parte más noble del hombre, en la frente, y allí es ostentada como si estuviera esculpida en una columna. La cruz refulge en el sagrado altar, en la ordenación de los sacerdotes, en el mismo cuerpo de Cristo, durante la mística cena, se la puede ver triunfante en cualquier lado; en las casas, en el foro, en los desiertos, en los caminos, en los montes, en los bosques, en los collados, en el mar, en las naves, en las islas, en los lechos, en los vestidos, en las armas, en los tálamos, en los convites, en los vasos de plata, en los de oro, en las margaritas, en las pinturas murales, en los animales enfermos, en los cuerpos de los presos, en la guerra, en la paz, durante el día y durante la noche, en la vida y en la muerte, en los coros de los que bailan y en medio de los que se disciplinan. De tal suerte andan buscando todos su gracia inefable". Esta profusión de cruces es completamente ignorada por la Arqueología, que encuentra los monumentos cristianos de esta época insistentemente notados con el monograma. Luego a éstos se refiere S. Juan Crisóstomo.

FONTANALS en su *Historia general del Arte*, T. IV, n. 41, dice: "En el siglo IV la cruz se disimula en varias formas. En el siglo V se presenta ya claramente". El eminente MARUCCHI en *Elements d'Archéol. Chrét.*, p. 166, afirma también: "El monograma, a partir de Constantino se presenta en diversas formas. ...Al final del s. V triunfa la cruz". Así otros muchos.

tarraconense es desde luego el más frecuente. Contra trece inscripciones que recogen el que podríamos llamar clásico, el crucífero figura en veinte.

Pero no se crea esto propio de Tarragona, el crismón o monograma cruciforme es de uso universal. Lo mismo en sarcófagos que en monedas postconstantinianas, en inscripciones que en mosaicos, en lucernas que en ladrillos, en Oriente que en Occidente, en Siria que en Mauritania, en Hispania que en las Galias o Italia, el monograma cruciforme se impone (7).

Y es que desde el momento que cesaron las persecuciones y que robustecida la fe se alejó el peligro de irrisión o escándolo, la cruz simbólica del crismón dejó su símbolo e irrumpió a través del mismo, manifestándose cada vez más clara. El crismón ordinario se transformó en cruciforme y luego éste en cruz, tanto griega como latina. Esta transformación deja, empero, en el signo cristiano dos características de otra suerte inexplicables: la adopción de la cruz griega tan alejada de la realidad, y el ensanchamiento de las extremidades de sus brazos que no suele faltar nunca en las cruces primitivas (8).

La sola consideración atenta, por tanto, de las tres primeras figuras, puede poner al aficionado en posición de darse cuenta de lo acaecido con el principal signo cristiano.

En la fot. 2.^a tenemos la cruz monogramática acompañada del *alfa* y *omega*, confesión, después del concilio de Nicea, de la divinidad de Jesucristo. En España, su uso se perpetuó hasta en la cruz litúrgica, muchas de las cuales las llevaron pendientes de sus brazos. Basta para ello recorrer algunos de nuestros antiguos códices (9).

(7) Es tan patente esta afirmación que casi no merece ser confirmada. El mismo MARICCHI, l. c., p. 46, dice que prevaleció en Oriente. Es frequentísimo en las monedas postconstantinianas, y como ejemplos típicos del mismo podemos citar los del sarcófago del obispo Teodoro en S. Apolinar de Ravenna, los de las aureolas de Cristo en pinturas de las catacumbas, v. gr., en las de S. Pedro y S. Marcelino de Roma (Cfr. *Historia Universal Gallach*, T. 2, p. 285), en el mosaico de Cristo entre los apóstoles de S. Aquilino de Milán (WILPERT, *Die röm. Mos.*, T. III, p. 40), en inscripciones de Cesarea de Mauritania, en Ruside (África también), en lucernas, en vasos, en mosaicos, en inscripciones, como en las de Tréveris, etc.

(8) Esta transformación no fué siempre sucesiva y cronométrica. Las distintas formas subsistieron simultáneamente y hay casos, como el del altar de Cassis, en que se recogen los tres tipos de cruz a la par; esto es, el del monograma constantiniano, el cruciforme y la cruz (Véase *Bull. Archéol. du Comité*, 1910 pl. 1, en CABROL *Dictionn. Mobilier*).

(9) Véase BORDONA, *Manuscritos con pinturas*, T. I, p. 139 y 206, quien recoge una de un Leccionario de la Academia de la Historia, reproducción, a su vez, de un códice del siglo VIII, y otra tomada de las Homilias de Esmaragdo, de un códice procedente, al parecer, de Córdoba. Se la encontrará también en la

Dos particularidades son de notar en la fot. 4.^a. Una es la hojita en forma de corazón que se sobrepone al monograma, y la otra la letra T en que termina el trazo vertical de la P.

La hoja de hiedra, siempre verde, era signo de inmortalidad para el cristiano (10). Puesta al lado del nombre de Cristo era una aspiración a la vida de su reino: "*Vive Deo*" vive para Dios, se dice en el texto y eso se dice también figuradamente por medio de la hiedra y monograma; y no deja de llamar la atención el que, poseyendo la hiedra dos clases de hojas, una de triple vértice, como en los tallos trepadores y terrestres, y otra acorazonada en los aéreos, que irrumpen hacia el cielo, se deje la más hermosa terrestre y se elija la más sencilla o aérea, como queriendo aludir a la vida del alma espiritual desprendida de lo terreno.

Hay casos en que esta hoja de hiedra se la encuentra agrupada formando un conjunto de cuatro semejando una cruz (11). ¿Será éste el origen de nuestras cruces visigóticas de brazos sumamente extendidos o *pateados*? El caso de estas cruces se encuentra no sólo en la cruz de Malta sino con anterioridad en muchas bizantinas y de formas similares a la de las figuras adjuntas.



Hemos hecho notar la tendencia que ha existido en los signos de cruces de rememorar y reproducir alguna característica del antigua X del monograma. Monograma que, como dijimos, era nombre manifiesto (12) y cruz oculta; pues bien, las cruces posteriores las podemos

Biblia de la Catedral de León (o. c., fig. 80), que repite la cruz del Libro de los Tumbos, de Oviedo, y puede también contemplarse en la caja relicario de la catedral de Astorga, llamada de Alfonso el Magno (*Catálogo Monumental de España. Prov. de León*, n. 19, p. 149).

(10) En la epigrafía clásica es simplemente la forma decorativa del punto de separación de palabras, llamada *hedera distinguens*, y como tal viene frecuentemente usada en la epigrafía cristiana.

(11) Difícil parece pudiera llegarse por exageración del ensanchamiento braquial de las primitivas cruces a las exageraciones de las cruces visigóticas y que después heredaron otras, como la de Malta; pero el hecho no se puede negar. En muchos de los fragmentos visigóticos la cruz se extiende en toda la amplitud del espacio que circunscribe (Véase *Catálogo Monumental de España. Prov. de Badajoz*, fig. 2.103, del Museo Emeritense).

(12) Por eso creo que la tendencia a rememorar en la cruz los caracteres de la antigua *ji* debía denominarse con algún nombre, que bien pudiera ser el de *jitismo*, quedando así designado un hecho multisecular en la historia de la cruz, que si hace referencia a la cruz *patée* de los franceses, abarca otras varias manifestaciones y da, además, la razón intrínseca del hecho de otra suerte inexplicable.

considerar como cruces manifiestas y monogramos o nombre oculto. Singularmente en las del tipo de las figuras adjuntas se echará de ver que encierran una X, tan sólo con considerar el espacio que queda entre hoja y hoja; en muchas se apreciará diseñada una X perfecta.

En cuanto a la otra particularidad de la *tau* o T situada en la parte inferior de la P, tiene y admite dos explicaciones que se refuerzan y hermanan. Bien se la puede considerar como signo del tridente, cuyo simbolismo de la cruz es por todos admitido, bien como inicial de la última sílaba del nombre de Cristo. En ambos casos queda reforzado el simbolismo de cruz y la lectura de Cristo. Es este el primer paso que se da en el crismón, por la senda que llega en los siglos románicos hasta interponer en él todas las letras de Cristo (13).

Para terminar una pequeña observación sobre el monograma de la lámina II, f. 5.^a. Conocida es la opinión del insigne hispanista y romanista Porter, quien afirma que las cruces inscritas en círculos son de origen pagano o nórdico, por imitación y reproducción de los famosos discos solares (14).

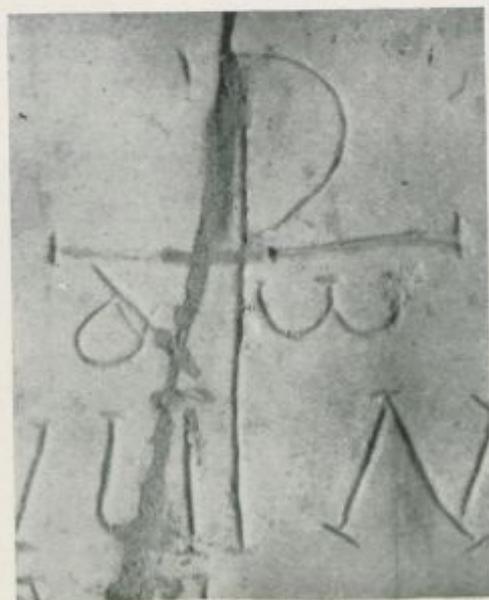
Ciertamente no ofrece dificultad admitir que la vista frecuente de dichos discos hiciera más familiar y aceptables, entre otros tipos, el de la cruz inscrita en círculos más o menos variados; pero eso no do aún derecho para asignarles origen pagano, cuando es evidente la transformación que sufrió el monograma en cruz; y que del mismo modo que estuvo encerrado primero en coronas de laurel o en diseños de círculos que la circunscribían, quedó después también la cruz orlada muchas veces de círculos y coronas al modo nórdico. Ejemplos de ello encontraríamos en algunos sarcófagos de Ravenma.

(13) La unión del tridente y monograma tiene precedentes. DE ROSSI reproduce uno ingenioso, feliz composición del pez y de la *ji* monogramática, que ostenta en su base dicho tridente (*Roma sotterranea*, T. II, lám. 57). Son dos peces yuxtapuestos en forma de X.

(14) PORTER. *Escultura románica española*, dice: "el origen de la llamada cruz griega debe estar en los símbolos precristianos". "Del mismo modo de la bien conocida combinación de la cruz y el círculo, los cristianos formaron el lábaro. El círculo y la cruz se encuentran ya combinados en la cueva prehistórica de Bowth, Irlanda". Con estas frases parece que quiere entroncar la cruz griega y la cruz inscrita en los círculos, muy frecuentes en los países nórdicos con antecedentes gentílicos. El lector habrá podido seguir sin dificultad la filiación cristiana de la cruz, que entró en el arte y salió de la llamada *disciplina del arcano* con ayuda del monograma de Cristo. Éste frecuentemente anduvo limitado y encerrado honoríficamente por una corona de laurel, sustituida por un sencillo círculo. Al transformar la X en cruz, ésta quedó naturalmente inscrita en círculos, al estilo de las cruces nórdicas. Basta observar los famosos discos solares y cualquiera de las cruces nórdicas para ver la diferencia entre unas y otras, que confirman el origen *jítico* de las cristianas. (Cfr. PIJOAN, *Summa Artis*, T. VI, p. 279 y 312).



1. - Monograma de un fragmento de inscripción



2. - Monograma de la lápida de "Paulino"





3. - Monograma de la 1.^a línea de la lápida de "Marturia"



4. - Monograma de un fragmento de inscripción



5. - Monograma de la lápida de "Marturia"

Además de ser su origen pagano, la cruz no ostentaría la *jitización* o ensanchamiento de los brazos, propios de las cruces cristianas y que no suele faltar en las cruces nórdicas.

Más comentarios podrían hacerse, pero con lo dicho creo haber correspondido a la amable invitación de la R. S. Arqueológica Tarraconense a la que no puedo menos de agradecer el haberme facilitado a tiempo las fotografías, que aquí figuran y copias de las inscripciones.

AMBROSIO SANZ LAVILLA,

*Licenciado en Filosofía y Letras.
Canónigo. Barbastro.*